





Un dios narra

Un dios narra/ Jorge Goyeneche  
-1ª ed. Buenos Aires, 2024-

ISBN 978-987-4914-38-5

© Jorge Goyeneche  
© Huesos de jibia

Pasaje Robertson 522  
(1406) C.A.B.A.

[www.jorgegoyeneche.com.ar](http://www.jorgegoyeneche.com.ar)

[huesosdejibia.com](http://huesosdejibia.com)  
[facebook.com/editorial.hdj](https://facebook.com/editorial.hdj)  
[instagram.com/huesosdejibia](https://instagram.com/huesosdejibia)  
[huesosdejibia@gmail.com](mailto:huesosdejibia@gmail.com)

Edición: Walter Cassara  
Diseño: Ludmila Martínez Catinari

Hecho el depósito que indica la ley 11.723  
Impreso en Argentina

Jorge Goyeneche  
**Un dios narra**



*si al menos estuvieras aquí*

**GUSTAVO CERATI**

*Llegamos así a un tiempo potencial, un tiempo que está ya siempre aquí, en estado latente, que sólo requiere un fenómeno de fluctuación para actualizarse. En este sentido, el tiempo no ha nacido con nuestro universo: el tiempo precede a la existencia, y podrá hacer que nazcan otros universos.*

**ILYA PRIGOGINE**





Hablan que soy un dios, dicen que todo lo veo, me llaman por eso mosca, el de múltiples ojos, aquel que está en una colina o sobre la nube y observa el completo mundo. Y yo digo: las personas desconocen. Soy ciego.

Me adjuntan el rayo, un sol, bastón, la espada. Antropomórfico. Con barba, anciano, y un trono. Me atribuyen control, hágase, protección, casi nunca caricia. Suponen que como un pez percibo en curvatura, y algo que ellos llaman devenir. Según las personas soy un dios y las estoy mirando siempre. Creen que las acecho y por eso se escudan. Aun durante el sueño, esos globos umbilicales, vuelven la cabeza, sospechan que persigo entre las maravillas de las mantas como león o águila. Escriben y discuten mi existencia. Yo estoy, ellos viven (ese verbo que usan y tanto declaman). Hay gente que me interpreta, se denominan a sí mismos apóstol, pastor, sacerdote o bachiller, becario, sabio. Como traductores de lo que percibo sin ver. No saben que soy ciego. O no lo aceptan. Valoran tanto lo visual, parcela de sentidos, que están imposibilitados de admitir la suma. Otros ponen un tercer ojo en medio de la frente. Adivinan mis deseos en el fuego, los cartones, aves y formas del cielo.

Hablan que soy un dios y afirman que tuve razón cuando mandé a alguien a matar a su hijo, ahogué a los humanos o quemé sus ciudades. Según el apóstol le pregunté a un hombre dónde estaba su hermano muerto y lo castigué con maldición eterna. También dicen que envié de nuevo a la vida

al que ya descansaba. Mandé dicen a quemar las estatuas de otros dioses. Mi ira arderá contra ellos y los exterminaré, citan. También sequé la higuera. Envié fuego devorador, huracán, tormenta y granizo. Plagas numerosas. Llega la venganza. Todo eso dicen que hice, hablan que dije. Repiten.

Las plantas se reproducen con tersura y colorido, apenas una brisa voladora se posa y hay fruto. Los animales en cambio, de manera brutal, en la frontera del crimen. El dios del que hablan también es hijo vegetal, nació sin varón, por el solo murmullo aéreo en la oreja de una virgen. Tal vez por eso fue torturado por los hombres.

Estoy mientras se mueven, cambian de lugar y corre el año. Ante mí, sus momentos posibles. Los que serían. Alrededor están siendo en su después. Ellos en el río con el agua que fluye, sintiendo las gotas que los mojan y el paisaje en torno. Yo estoy al borde y capto el panorama. Tan juntos pero en franjas diversas. No mutó a su velocidad de vértigo, y por eso creen que soy eterno.

El río que dicen ágil, tiene color agridulce. Percibo, capturo perfectamente su ruido no musical, más ese aroma pastoso con sus vapores sobrevolándolo. No es seco, salvo cuando el ardor libera sus gotas. Lo intuyo desde su interior en varios estados: con un junco solitario, con paisanos en un bote, en la noche absoluta, en el día vibrante. Carece de sal y de azúcar. Ellos lo ven pasar, conocen el instante de su historia engañosa.

Así es que hablan de alguien que todo lo ve, que sabe el futuro, navega el dios en sus tripas y conoce las penas, las alegrías de cada uno, tales cosas creen. Pero

no hago nada, simplemente permanezco con sus variantes, que ellos desconocen hasta que se realizan. Allí estoy a su lado sin ver e invisible.

Dos hombres caminan por un campo, los separa un alambrado de seis hilos. Comienzan a discutir, uno saca un cuchillo y se cruza entre las púas. Siguen gritando, se empujan, uno es herido y muere. / Dos hombres caminan por un campo, los separa un alambrado de seis hilos. Comienzan a discutir, gritan, siguen gritando. Uno se da vuelta y retoma su sendero. El otro también se aleja. / Dos hombres caminan por un campo, los separa un alambrado de seis hilos. Se saludan secos. Nada más sucede. (Sus historias posibles están ahí, juntas, son globos, con dos hombres que discuten o no se miran o se saludan con sequedad. Los globos al lado están fundidos en uno donde los dos hombres no se miran, se saludan con sequedad, mueren a cuchillo. Hay multitud de globos. Ellos solamente ven uno. Lo llaman vida. Hay otros globos unidos por un hilo a sus mentes, los llaman sueños, son vientres que se arrastran o vuelan).

Y dice el apóstol, ese traductor: tiene mil ojos y ve todo a la vez todo junto siempre; pero no, soy ciego, percibo lo que está en mi horizonte todo junto ahora. El dios mosca, el que todo lo ve, el que hierde de lejos, tercer ojo, nada se le escapa ni de noche ni de día, sabe lo que vendrá; eso dice el sacerdote, eso repiten en coro, pero es una traslación al tiempo de cuanto carece de fluencia porque es simple: solamente estoy y percibo los posibles. La voz del apóstol tiene un tono seco, humo y vainilla con aroma a frutos rojos bien maduros, notas de pimienta negra, algo de tabaco, complejo, matices cambiantes, un resabio a

oscuridad. La voz del apóstol seduce el oído, tiene tonos de eco, repite sus frases.

Ni en el bosque ni en la montaña, tampoco en este pastizal que me rodea sino en la frontera. Ahí me encuentro. En el borde de ellos. Apenas tras la curvatura. Tan cerca como un hongo de una planta. En cambio ellos aparecen en el río nadando o muertos en el fondo o saliendo a la orilla para pescar o están en multitud, juegan, se ahogan, son salvados. Una de esas cosas les pasará. No saben cuál. Tampoco lo sé pero ante mí se exhiben probabilidades suyas.

Algo nos separa. Una piel con poros de mi lado. Una línea de agua con el sol a mis espaldas que me los ilumina y les llena los ojos. Así, ellos que están dotados de la vista, no me ven, enceguecidos por la luz.

La pareja adulta recuerda el puerto, la espera y la subida con ansias de paz y trabajo. / Cruzan el mar. / La pareja adulta recuerda el puerto y su desconsuelo, no hay más lugar. Vuelven al pueblo montañés con sus cabras y su miedo. / La pareja adulta no recuerda, han muerto en juventud.

Tenemos el diálogo de la hoja y el insecto. Por qué la abeja salta de flor a flor y luego vuelve a la primera, por qué arma un exótico recorrido o agota cada libación. Ellos ven y oyen cada nota en lenta sucesión; percibo toda la partitura con sus versiones e instrumentos, los arreglos o la fidelidad.

Hay un mapa, un sector del mapa, mi territorio hasta

el horizonte, donde trotan caballos montados por niños divertidos; donde trotan caballos montados por soldados y sangre; donde trotan algunos caballos y otros ruedan en las vizcacheras con su carga de niños o soldados. Hay un mapa donde los caballos pastan, los paisanos recogen las verduras, los niños se esconden ríen y lloran, no hay soldados, más allá están los materiales, ladrillos, arena, cemento, están las paredes hasta el metro, están las personas entrando y saliendo de casonas ya viejas y de departamentos nuevos. Hay un mapa, un sector del mapa, mi territorio hasta el horizonte, donde la mitad de las viviendas está en ruinas, agujeros en los techos y los vidrios, negras de humo las puertas. Hay un sector del mapa donde las viviendas están multicolores y las veredas sanas, donde una plaza con árboles se llena de merienda y bicicletas. En el borde de mi horizonte hay inmigrantes que temen el traslado, las otras constelaciones arriba, cómo preguntar y entender la respuesta. En el borde de mi horizonte percibo seres desplazados a los bordes que temen a los inmigrantes ancianos que ya son nativos sin memoria. Es el miedo el motor, la vela el deseo. Sobre todo el miedo.

Porque el tiempo del que hablan es el morir; no es el estar. No existe, es sólo un contador obsesivo de los metros en fuga. La constante pulsión de lo que será y cómo será. Un álbum incompleto del futuro. Así no pueden registrarme porque me miden, dibujan, cuentan anécdotas y enseñanzas que se perciben solamente entre horas y días. Están condicionados por un exceso de modos verbales: meras comparaciones de su viaje. Caen en atribuirme alas. Cómo puede dialogar un perro con un surubí. Un sol cuadrado, un ave subterránea, agua dura. El vapor no entiende a las olas ni la tierra roja percibe el ladrillo. Ondas

o corpúsculos. Canales paralelos. Lágrima y gota de lluvia no son hermanas.

Ante mí se exhiben sus posibles. Todo junto a la vez.

Hablan que estoy en el bosque o en la montaña o en la nube, pero habito su límite, un territorio escaso, el horizonte de ellos, una línea oblicua y quieta que corta los ejes móviles. Coincidimos en un lugar no en un tiempo. Porque estoy ahí y ellos pasan, crecen mueren.

Hay un tapiz. Ellos ven su hilo y los que lo rodean. Sus colores y textura, el modo en que se destiñe con los meses, se deshilacha, los hilos que se cortan y abandonan el tapiz, algún nudo y algún enredo, siempre en sucesión. Es su orden cerrado. Pero el diseño se escapa. La gran figura es esquiva mientras se pierden en palpar el devenir, esa humedad progresiva en la acuarela. Del rojo al rosa, del negro a los grises esfumados. Por eso los muerde la obsesión del final, un deseo enfermo por evitar el vértigo de las horas.

El sacerdote habla de mi conocimiento, dice que veo dentro de ellos, vigilo sus pensamientos, conozco sus emociones y los impulsos, las frustraciones, toda la oscuridad que esconden, las culpas que los oxidan. Y no sé nada a su manera. No tengo acceso directo. No hago ni creo seres. Solamente vislumbro las escenas paralelas con sus cuerpos y expresiones distintas. (Con arrugas, con el esqueleto en curva y la mirada a la tierra cercana. / Sin arrugas, rectos. / Con arrugas, con el esqueleto en curva y la mirada en esfuerzo hacia adelante). Siento sus ondas cerebrales, el ritmo cardíaco, el olor y ardor de sus válvulas.